

## LABERINTOS: transcurso por las señas del sentido

*La poética concreta y sentida de Matilde Espinosa.  
Un homenaje que abre la vida de la mujer a otras  
dimensiones imaginativas y vitales*

### EL POEMA

Para que tú nacieras,  
me sumergí en el fondo  
donde habitan los gérmenes  
que preparan el vuelo.  
Antes que sea la flor,  
tú ya lo sabes,  
trabajan las raíces en la sombra.

Para encontrar tu forma  
mis manos te buscaron en la tierra  
y aprendí que la voz,  
la verdadera voz,  
puede ser una rama,  
un hilo de agua pura  
o simplemente la ternura humana.

Tu carne no es tan sólo de sueño,  
ni de fibra retórica.  
Podrías ser el hijo del pescador,  
de la mujer que cose, llora o canta,  
de la que alguna vez  
se asomó a las estrellas  
y sintió  
que en el pecho le nacía una rosa.

Tú vienes del reino elemental  
con su fertilidad clara y activa.  
Tú vienes de las cosas humildes  
y en tu afán de llegar  
tus pulsos se detienen  
en el rostro del mundo.  
¿Es eso lo que quieres?  
¿Ser el dulce registro,  
nada más que el registro,  
de lo que nace y muere?

Puede ser que tu mensaje sea pequeño  
como el aroma del jazmín pequeño,  
como el temblor del árbol solitario  
que con sus ramas apacienta nidos,  
o la gota de agua  
que se bebió un lucero.

Antes de tu venida  
 quise que fueras música,  
 torrente desbordado en armonía,  
 pero al mundo le falta  
 la igualdad del reparto,  
 la armonía de los dones.

Dime  
 cuando tocaste el aire,  
 ¿no fue primero el ruido de las cadenas?  
 Cuando tu piel se hizo,  
 ¿no fue primero el llanto?  
 Cuando miraste el agua,  
 ¿no fue la sed primero?  
 Cuando tu viaje se embarcó en el trigo,  
 ¿no fue la boca hambrienta lo primero?  
 Cuando tus ojos claros  
 descubrieron el fuego,  
 ¿no fue la hoguera consumiendo el canto?

No puede ser distinta tu presencia  
 al mundo desigual,  
 sordo y oscuro.

#### *METAMORFOSIS*

Olvido de la lumbre:  
 blanco ovillo  
 de las tejedoras nocturnas  
 las que tejen la fábula  
 con sus hilos dorados  
 para el funeral  
 de los heraldos del amor.

En vano el ímpetu del vuelo  
 en vano la mariposa de luz  
 y el retorno  
 a su escalofriante origen.

Todo en vano  
 como la gota de agua  
 en el vacío.

#### *LA VOZ*

Ésta es la voz primicia del instante  
 donde nacen y mueren las distancias.  
 Es también el oscuro interrogante  
 que clava la nostalgia del camino.

No es nada original pero es la vida  
 en la campana gris de cada día.  
 Es el conjuro  
 bajo el sol poniente  
 en la espera posible de un mañana.

*PRESAGIOS*

Porque nací entre ellos  
golpea mi memoria  
una presencia  
oscura y silenciosa  
mojada por la lluvia.

Allá donde corren los venados  
y las águilas espantan con sus alas  
allá donde el olor de la yerba  
es más fuerte y dulce  
que el olor de los jardines.

Porque crecí entre ellos  
conocí la melancólica hora  
de cerrar las puertas  
y poner luz en las ventanas  
de madera fresca.

Porque hablé con su habla  
quejumbrosa en monosílabos  
entendí y sentí el humo  
pegajoso de sus leños  
con sudores y plumas de nidos  
y de aves nocturnas.

No podré olvidar  
sus olores por la huida  
ante la sola atracción  
de su morada primitiva.  
Recuerdo sus pasos aprendidos  
de cabras montaraces.

Aprendí tantas cosas  
como las premoniciones  
de las calamidades  
la hora que antecede  
a la tempestad  
y según el viento  
ciertos acontecimientos.

Lo mismo que el rumor  
de carbones encendidos  
o el temblor de las llamas  
lo mismo que las notas  
de una flauta invisible  
o la onda sonora de los abismos.  
Así entendí un mundo  
dolido y caminante.

*CIUDAD BLANCA*

*En Popayán de piedra pensativa.*

EDUARDO CARRANZA

## I

Cómo acercarme a ti si nada traigo  
solamente mi voz y el corazón del hijo  
que sigue ardiendo.

Nombres, fechas, gotas de eternidad  
crecidas en la hierba.

## II

Ni la furia del trueno  
ni la hora de la tempestad  
hieren más alto que mi pena.  
No es solazarse en la amargura  
recorrer silenciosa piedra y muro  
ni batir con el viento las ventanas,  
ni espiar por cual rincón del cielo  
nos revisa las cuentas el lucero.

## III

Es toda la inocencia del paisaje  
con las colinas verdes, dulces  
como niñeras descalzas sacudiendo  
el bosque que reparte la brisa  
—la única y feliz— cuando le besa  
el rostro a la ciudad más blanca!  
No es la historia, ni el bronce  
ni la solemnidad de los espejos:  
es más hondo tu vuelo: son tus pasos  
sonoros armados en el temblor del tiempo!  
Si te nombro, zozobra mi alma, esa alma  
que a veces se hace flor, llanto o ceniza  
desde sigilo al sueño!

\* \* \*

**M**atilde Espinosa, un ejemplo de obra poética, un paradigma de liberación de la mujer y el testimonio de su profunda actividad femenina, cultural y política.

En una reciente presencia en Bogotá, mi primera participación cultural fue la confluencia en el Museo Nacional, con la poética y homenaje a la poetisa Matilde Espinosa. El acto se inició con el regalo de un libro hermoso titulado *II Encuentro de escritoras colombianas*. Ellas, las escritoras, con su fina sensibilidad perceptiva, eran quienes habían decidido celebrar su poética y preparar esta solemne y extraordinaria reunión. Parte importante de dicho libro lo configura su antología poética; pero también unas ponencias acerca de su obra y una mesa redonda en la que varias mujeres escritoras tratan de responder a la siguiente pregunta: ¿qué ocurre con las mujeres en la literatura colombiana?

De dicha antología hemos seleccionado cinco poemas que expresan, creemos, la esencia de su poética: «El poema», «Metamorfosis», «La voz», «Presagios» y «Ciudad blanca». Todos ellos expresan en una secuencia prevista su adentro más íntimo y el corazón de su poética.

«El poema» habita la nascencia del germen, lo hondo y oscuro de la experiencia. Por eso mismo, «trabajan las raíces en la sombra». Y así, en cualquier objeto puede expresarse «la verdadera voz». De este modo sencillo y transparente, el hijo —figura e imagen del poema— tiene su espacio y procedencia en cualquier parte, «de las cosas humildes», que son «el registro de lo que nace y muere. Quizás sea todo ello un mensaje pequeño como «la gota de agua / que se bebió un lucero».

De todas maneras, su venida a este tiempo e historia o poema, no pudo ser simplemente música porque falta «la igualdad del reparto / la armonía de los do-

nes». Por lo cual, dice, «no puede ser distinta tu presencia / al mundo desigual, / sordo y oscuro». En consecuencia, todo en el poema se muestra sustancia y metáfora, símbolo de una vivencia implícita e implicada y que apunta siempre hacia una metamorfosis y utopía.

«Metamorfosis», pues, que teje y desteje el hilo de la vida en que descansa la actividad poética e impide que algo misterioso y secreto se transforme. Y así aparece «La voz», la llamada, la evocación, «que clava la nostalgia del camino... en la espera posible de un mañana».

«Presagios» que anuncian «a la tempestad / y según el viento / ciertos acontecimientos / [...] así entendí un mundo / dolido y caminante».

«Ciudad blanca», imagen de convivencia cívica y pacífica a la que el poeta aporta la conciencia de su desnudez humana y su pobreza: «cómo acercarme a ti si nada traigo». «Solamente mi voz y el corazón del hijo / que sigue ardiendo.»

Estos poemas constituyen una secuencia de su esencia poética y la sensibilidad de su empuje nos adentra en la humildad y silencio del poeta.

Todo ello, pues, se concreta en algunos temas que diseñan su captación de la realidad y su argumento poético. Matilde nos traza y teje en breves insinuaciones el hilo de su poética, las voces que la iluminan en su trayecto y escritura, su concreta tradición: los poetas a los que canta, siente e invita a leer en el silencio de su palabra. Y así aparecen en la creatividad de su texto la presencia tenue y delicada de Paul Eluard, Gabriela Mistral, César Vallejo, san Juan de la Cruz. Pero también otras voces más lejanas puján por estar presentes en sus metáforas y ecos que se escuchan en un tiempo lejano y rotundo, inolvidable: los indios, los héroes perdidos, los hombres penumbrosos de la noche.

De este modo le dice abiertamente a Paul Eluard: «tu idioma universal fue la corriente / donde tu lucha se embarcó en banderas, / y vimos tu cabeza iluminada / de ruiseñores y florestas rojas / [...] El territorio del amor te cubre, / la libertad camina con tu nombre, / y en tus ojos abiertos / la Paz vigila tu anhelar profundo. / Vengo de un país donde los árboles / precipitan su origen / en los sueños del hombre, / y te traigo un mensaje: / un puñado de tierra, / un puñado de amor / para tu lecho verde».

Admira y sobrecoge este diálogo íntimo desde el silencio de las palabras, las imágenes y las metáforas de su poética.

En Gabriela Mistral percibe toda la hondura de ser mujer, su mensaje y trascendencia, el alma de su poética. Por lo que le canta con toda expresividad y transparencia: «Mujer: esta palabra crece en la / cintura de la tierra; suelta miel / en la espiga olvidada; ablanda / la dura raíz y hace joven la vieja / encina. / Te conocí cuando empezaba / la voz del tiempo en mi colmena; / y fuiste la leyenda, y fuiste el mito, / y la voz de la tierra, / y la queja del agua... / para escuchar tu paso, puse mi oído simple / sobre el rumor secreto / de grávidas semillas».

Percibe perfectamente el tono delicado y fuerte de san Juan de la Cruz: «Claro de soledades, dueño de las dulzuras. / Manantial que de oculto sabe de eternidades. / Si el amor es presencia, él vive en tu morada / como el sol en los trigos, como el aire en las aves... / Tú nos das en otoño las hojas estelares / y nardos del Cantar de los Cantares. / Cristo de los pinares, san Juan de los rocíos».

Aparece también la voz ronca e indagadora de pesares y experiencias históricas, la imagen expresa y evidente de César Vallejo, a quien ella nombra como «señor de la amargura, / cómo duele tu voz siempre clavada / en la punta de lanza de la vida. / Y tu amor; cómo duele, alada quemadura / salpicada de estrellas y de lodo... / seguimos esperándote en un banco, / en tu gran situación, en tus acciones, / en tu trago de sombra combatida, / en tu camisa errante / y en tu pueblo de pómulos hambrientos».

Pero para ella el poeta es, ante todo, un adivinador de los otros y así dice en el poema «Los eternos poetas»: «Vosotros, los eternos, / los íntimos distantes / adivinadores de los otros: / los que escriben poemas / en el libro de las sombras / rotas al amanecer... / exploradores, rescatando del fondo / la música secreta / de la palabra y la imagen / confundidas en el sueño y el ensueño».

Pero el poema recrea también su memoria. Un eco lejano se hace presente: *Los indios*, ellos «brotaron de la tierra como un bosque...» y como *Los Hombres Penumbrosos* «están allí / detrás de las palabras / desnudando sus ojos / para inquirir la luz / o enterrar los crepúsculos... / desmembrada corriente / de nuestras propias venas / por años trabajada / por años perseguida, / fatigada semilla en la pared rota / mas también sobre el tiempo / esperanzado fuego, muralla levantada / aliento sostenido, piedad fortalecida». Y así ellos son, pues, nuestros héroes perdidos. «Como en un friso inventado / por la gloria o la muerte / los héroes perdidos caminan / hacia la piedra, la hierba / o el agua que lava la memoria / de los hombres cada reciente luna. / La memoria que deshoja los siglos / para enterrar más hondo el delirio / de las multitudes y el misterioso / espectro de los héroes perdidos... / la memoria de los hombres / ignora el esplendor de los héroes / perdidos, y el corazón se hiela / al contemplar el mármol, el bronce, la piedra / la arcilla, materias ausentes de quienes fueron / un día lluvia ardiente, clamor en las raíces / del viento, imágenes en las fantasías de los niños que jamás vieron el mundo de la alegría... / no hay elegía, / el pulso errante de los héroes no se detiene y el mundo los escucha / rasgando las distancias y el ímpetu / del vuelo la esperanza / allí donde palpita el corazón del hombre... / del olvido volverán las plantas desnudas / las mismas que buscaron caminos / y sembraron los trigos, los mismos / brazos que levantaron piedras / para las catedrales y anudaron las velas / de todos los navíos para los grandes viajes».

Pero, pienso que el sentido más profundo de su poética lo constituyen las figuras del hijo, la madre, la mujer y el niño. Y muy consecuentemente dice en el poema que titula «Hijo»: «Te miré desde adentro. / Desde la mínima partícula / del corazón / y su corriente roja, / y en un largo sollozo / proyecté con mi cuerpo / tu camino... / en la pauta de luz de cada nacimiento / el tácito convenio con la vida / junta en su copa el esplendor y el llanto.» O también su modo peculiar de sentir poéticamente la experiencia de la madre: «Yo no quiero decir palabras que te sobren; / no quiero exagerar tus virtudes terrestres; / te llamo simplemente, mujer, maestra, madre, / como pasa la lluvia por el aire». Experimenta con enorme sensibilidad cuanto le acontece al niño, como lo muestra con toda evidencia el poema que a él le dedica especialmente cuando se quedó ciego. «Nunca tuvo la luz mayor tristeza / ni mayor soledad tuvo el color» o cuando se refiere a la voz de los niños que dice: «rotos los cristales del cielo / y los cascabeles del sol / entre las palmas. / Rotas las campanas que sacuden / las fuentes y los caracoles, / oídos del viento en los esteros... / Rota la fantasía de los genios agrestes / porque esta voz, lámpara y silencio, / invento de infinito, trasciende / y los espacios rumorán el arrullo, / la cuna donde se mece el mundo / siempre recién nacido».

Otros temas y sensaciones están muy presentes en sus poemas en los que expresa sus diferentes estados de ánimo y sus esperanzas: los fenómenos naturales, como el viento, la noche, el agua; pero también sus experiencias subjetivas: la voz de los niños, los fantasmas, el olvido, la memoria, la libertad, la distancia, el tejido del silencio: el dolor y sus preguntas... «La cisterna» le sirve para expresar la prohibición sutil de la narración: «enterraron / el agua / para que no contara / cuanto vieron sus ojos».

La distancia del testimonio y la memoria, le impusieron el silencio como experiencia interior. Pero su poética siempre rompe los cercos para expresar su *libertad*. «[...] libertad / sin posesión del tiempo, / sin ataduras / lo mismo que el lucero.» Y es desde ahí

que puede decir con toda exactitud y sentido *Sigo preguntando*: «pienso en el dolor de otras / mujeres, / de otras madres, / oyéndolas me escucho».

Y así lo canta con toda intensidad en el poema «Otros signos»: «desposeída de todo / me acerco a otros signos / en la fugacidad de los instantes. / [...] Otra vez los signos / haciendo guiños en mis ojos / llenos de silencio y de miedo / buscando el misterio / de la última pregunta».

Toda su poética se configura como una trama de silencios y decires, donde la mujer, la madre, el hijo dejan el testimonio de su presencia, la palabra que es metáfora y signo del misterio.

Por último, quiero traer a su consideración algunas lecturas que han llevado a cabo diferentes investigadoras de la poética y de la experiencia de liberación femenina de Matilde Espinosa.

Es así como Gabriela Castellanos la califica de *constructora de libertad*; Nicolás Suescún la percibe como *la vanguardia social*; Guillermo Martínez y Maruja Vieira hacen un acercamiento a su poesía con un análisis preciso y exacto. Finalmente, Cecilia Balcázar de Bucher se refiere a su *experiencia con el lenguaje*, que evalúa y analiza a través de *fragmentos de una arqueología*. Veamos algunos detalles de estas propuestas y lecturas.

El texto de Gabriela Castellanos se inicia con una puntual interrogación de Virginia Woolf: «¿Quién podrá medir el ardor y la violencia de un corazón de poeta cuando se encuentra atrapado y enredado en un cuerpo de mujer?». El siguiente texto sitúa perfectamente esta interrogación al referirse directamente a la poesía y vida de Matilde Espinosa, quien desde su infancia «sufrió la privación de libertad que le estaba destinada como castigo por nacer mujer en una cultura que odiaba y despreciaba a las mujeres»: «En su época se cantaban loas a la abnegación de la mujer como madre, y así se buscaba que ellas no tuvieran otro destino que la maternidad, y que lo desempeñaran renunciando al placer y a la búsqueda de la felicidad. Sin embargo, Matilde logró construir, con las escasas oportunidades que tuvo, una cierta medida de libertad personal, y sobre todo, supo transformar en poesía *el ardor y la violencia* de su corazón en contra de todas las barreras con las que su medio trató de cercarla».

Señala la autora en su lectura un conjunto de privaciones que la afectaron sencillamente por haber nacido mujer. Entre las cosas que le fueron negadas destacan las siguientes: se le negó la posibilidad de «explorar y gozar plenamente del mundo». Se debía ya en sus primeros años a las tareas domésticas y al cuidado de sus hermanitos más pequeños. No pudo saber lo que era vivir la infancia, ni «conocer la presencia de la sexualidad en su entorno». Su inocencia la enfrenta posteriormente a experiencias terribles. Careció de un nivel adecuado de instrucción a causa de su condición femenina. Únicamente en un viaje a París, ya casada, tuvo la oportunidad de descubrir «en todo su esplendor la cultura del libro y de las artes». También careció de autonomía económica y personal. Su primer matrimonio con Efraím Martínez lo vivió como algo paradójico y cruel. Por una parte, fue una oportunidad que aprovechó para su cultivo intelectual y, por otra, constituyó un infierno y una tortura insoportable. Pero en un segundo matrimonio las cosas fueron algo diferentes: Luis Carlos Pérez la respetó y amó, aunque igualmente le exigía, como esposo, que estuviera a su «servicio incondicional».

Pero aun así, como todas las mujeres de su época, carecía de «todos los derechos de la ciudadanía». Ahora bien, si ésta era su situación personal y contextual, ¿cómo surge en ella la creatividad poética y su penetrante escritura?, «¿De qué fuentes extrajo la claridad de su poesía?». Se detiene Gabriela Castellanos en su lectura y señala sus fortalezas: «su inteligencia y su sensibilidad excepcionales, su voracidad por conocer el mundo, que le permitió extraer energías esenciales de diminutos átomos de vivencias». Todo esto le permitió «conocer a fondo el mundo en que vivió, para recrearlo en su poesía».

Su otra fuente fue su vital contacto «con el mundo mítico de la cultura indígena». Gabriela Castellanos nos lo cuenta: «desde sus primeros años la poeta tuvo un excepcional contacto con el mundo mítico de la cultura indígena, y con la fuerza natural de su medio natal. Alguien le enseñó a comulgar profundamente con esas dos realidades, la de los pueblos nativos y la del mundo natural que la rodeaba, o tal vez muchas influencias intervinieron para que Espinosa lograra captar esos dos mundos, que se convirtieron en fuentes importantes de su visión poética del mundo».

Ahora bien, igualmente su historia inmediata y en su tradición más cercana, se encuentra la presencia del mundo artístico que alimenta su finura espiritual y su sensibilidad estética. Y así «en su familia inmediata encontramos otros excelentes artistas y músicos». Halla en ellos la visión del libre pensador y del sensual trashumante. Le llegó en su momento oportuno la influencia del «pensamiento crítico y libertario de Marx». Todo ello le llevó a abrazar «la lucha por la emancipación colectiva de las mujeres y de los pobres» y, sobre todo, «educó su capacidad de análisis social». Con todo, dice Gabriela Castellanos: «la característica personal que le permitió construir un estilo propio y descollar como poeta fue su enorme capacidad de calar en el espíritu de sus semejantes. Porque la poeta contó desde siempre con el don de penetrar en el deseo y la vivencia de sí mismos y de sí mismas de quienes la rodeaban». Y también es importante destacar su profunda sensibilidad hacia la otredad y el dolor ajeno. Y de este modo «construyó una poética de las consecuencias individuales de los hechos colectivos (la pobreza, la discriminación, la guerra, las masacres, el desplazamiento), a la vez que desde la perspectiva de la colectividad al observar los individuos, al sentir con ellos». Sin olvidar que ella elabora «una poética de la pequeñez, de las cosas humildes». Pero, por encima de todo logró «edificar su libertad creadora a pesar de todas las restricciones y ataduras que quisieron anclarla a su entorno e inmovilizarla». Una vez más, pues, se observa como las mujeres son capaces de aprovechar «los pequeños resquicios de libertad... para construir grandes obras del espíritu. Y esa es la magia de la poesía y de la vida de Matilde Espinosa».

Nicolás Suescún se centra en su lectura en la percepción de «la vanguardia social» que define una de las características más peculiares de su poesía y experiencia de vida. Él lo dice así: «varias cosas en la poesía y en la vida hacen de Matilde Espinosa una persona excepcional. Dos temas de su poesía, la condena de la injusticia social y la naturaleza, a través de la cual expresa esa actitud crítica y rebelde, la constituyen en un caso absolutamente único en la poesía femenina del siglo XX en Colombia, y en la solitaria abanderada femenina de la vanguardia social. Esta vanguardia expresada más que todo en términos literarios, es el compromiso en la lucha contra la injusticia y la opresión, a la par con nuestros escritores socialistas, pero única, sin antecedentes y sin seguidoras, en la poesía de las colombianas».

Es importante recordar en este punto cómo la Iglesia de entonces imponía el ideal femenino «de sujeción exclusiva a los deseos del esposo». Pero ella tuvo en su madre un ejemplo en quien apoyarse para conseguir sus ideales de liberación social de la mujer. Ella, María Josefa Fernández Yanguas, «fue la primera maestra de indígenas en Colombia, la primera también en alfabetizar a niños indígenas..., tuvo un gran influjo en el altruismo de la poeta».

Ahora bien, su participación en la política «fue marginal y peculiar». Ella firmaba cartas de *solidaridad* y viajaba con su esposo Luis Carlos Pérez «a los países socialistas». Él fue «el primer y único rector marxista de la Universidad Nacional».

Un tema importante en su poética se encierra en la palabra *germen*. Por eso puede definir sus poemas con extraordinaria claridad y hondura. Dice el autor del texto: «el poema debe ser parte del mundo, aunque este sea *sordo* y *oscuro*, no debe ser en todo caso una vana creación desligada de nuestra vida. Éste es el mensaje de la poesía de Ma-



tilde Espinosa: que así como el poema debe, o ha de ser, un ser humano, la *Paz* —como se titula el poema de estos versos— y la Patria son mujeres: por lo que a ti y a mí nos corresponde / apresura, mujer, tu bandera más blanca / sobre el aire que cierne tus corolas de acero, / para que nazcan besos en la carne del mundo». Su poesía no puede alejarse nunca de su realidad y de expresar el sentido más singular de su contexto socio-cultural y político; apunta siempre hacia la libertad y la liberación de la condición femenina y de cuantos se encuentran y experimentan marginales.

La lectura de Guillermo Martínez hace aproximaciones a su poética. He aquí lo que nos dice en el siguiente texto con rotundidad expresiva: «para ser más exactos: lo que expresa cabalmente esta poesía es una tensión entre el romanticismo y formas posteriores que parecen provenir de Neruda, Vallejo, Miguel Hernández y, tal vez, Nazim Hickmet y Paul Eluard... y es allí donde brilla la excelencia en su poesía, donde, para nuestro gusto de lectores, alcanza los poemas mejor logrados, los poemas de mayor perfección formal, los poemas insustituibles en cualquier selección de poesía colombiana».

Maruja Vieira analiza y se detiene en su primer libro: *Los ríos han crecido*, en que destaca en su lectura la herida que lacera la vida. Dice así: «Matilde Espinosa sabe, ¿qué no sabrá ella desde su corazón, herido por la amargura y la belleza?, cómo el dolor del mundo cabe sencillamente, duramente, en el recuerdo de lo que pudo ser y no fue nunca. Pero ella supo mantener sus manos tendidas en espera del milagro. El milagro está en ellas y ahora nos lo entrega, en la cosecha iluminada de sus versos».

En el libro que comentamos, de homenaje a Matilde Espinosa, se reseña una mesa redonda que se abre con esta pregunta: «¿Qué ocurre con las mujeres en la literatura colombiana?». Como es lógico se aportan una pluralidad de respuestas entre las que seleccionamos algunas.

Piedad Bonnet, en su intervención en la mesa redonda, se refiere al siguiente tema: *Mujer y literatura* y se pregunta en este texto, entre otras cosas, «si la escritura femenina... debe asumirse como una forma de resistencia». Ella propone y piensa que efectivamente así es. Y la razón fundamental radica en la naturaleza de la palabra poética. Dice así: «la palabra poética es transgresora. Y es también política. Como la escritura en general y la femenina en particular. Su poder de exploración crítica y de simbolización es una posibilidad inmensa para una mujer que aspira a participar a sus hijos, maridos, amantes, una visión del mundo, honda y compleja, desde lo femenino. Nos ha tocado una época en donde ya eso es posible, a pesar de las dificultades. Jamás se nos perdonaría, a las que hemos asumido esa tarea, no estar a la altura de las circunstancias».

Lina María Pérez responde en directo a la cuestión inicial que se había planteado en la mesa redonda y dice: «con las mujeres en la literatura colombiana no pasa nada». Ciertamente que no acontece nada especial más allá del mismo fenómeno social que implica la escritura misma. Y añade: «con las mujeres... no pasa nada distinto al destello con el que los medios y las mismas editoriales quieren vender eso de la literatura escrita por mujeres como algo exótico, un descubrimiento, sí, señoras y señores: descubrieron que las mujeres escriben y que a veces, y algunas, escriben bien. Y no pasa nada diferente a que, puestas así las cosas, los hombres nos dieron permiso de adueñarnos de la función estética de la palabra... Escribimos para celebrarla, interpretarla, reinventarla con el mismo clamor, con la misma urgencia y necesidad vital que lo hacen todos los escritores, ahora y siempre, no en su condición de hombres o mujeres, sino de amantes de este oficio que sólo se tiene derecho a ejercer si se entiende lo que es el arte de la palabra».

La mujer no se enfrenta a la tarea personal de la escritura para sobrevivir, sino para celebrar y vivir la vida con creatividad, originalidad e inventiva. Ella sabe perfectamente lo que es *el arte de la palabra*. De este modo propone Lina María, con suma inteligencia,

que lo que «deberíamos *fundar es el Día de la Palabra*». Podríamos así mirarnos todos en el espejo de la otredad y descubrir el milagro de *la esencia humana*.

La palabra peculiar es el don y la ofrenda de la que nos habla Matilde Espinosa.

Por último, me quiero referir a un texto bellísimo en el que se muestra toda la experiencia con el lenguaje y, a su vez, los diferentes avatares históricos de una biografía intelectual crítica y creativa. Escrito que Cecilia Balcázar de Bucher titula *Fragmentos de una arqueología. Una experiencia con el lenguaje*. Casi en el inicio de su ensayo nos expresa la propia autora el sentido de su indagación escrituraria de la siguiente forma: «pensé que sería interesante, desde la perspectiva del lenguaje, enhebrar, con el hilo epistemológico, toda una visión contemporánea alterna de la Filosofía, la Historia, la Ciencia Política, la Antropología, la Psicología; y también, excediendo la organización académico-administrativa, ligar esas ideas con los cambios que la Economía y el Derecho han marcado las rupturas epistemológicas del presente, de las cuales no se han exceptuado las ciencias puras. Porque, a diferencia de las afirmaciones que hacen algunos analistas del tema, no se trata de una superficial sustitución de metáforas, y de su referente material —el organismo, la máquina, el recurso humano—, en beneficio del lenguaje, de la comunicación, del texto de lo social, del texto multiforme del sujeto desplazado y escindido. Lo que está en juego es una transformación cualitativa, una alteración de la visión que afecta todos los órdenes de la vida y tendrá incidencia en el perfil intelectual y moral de la persona iniciada en ella, sobre todo de los estudiantes que habrán de tener en sus manos la orientación del mundo en el primer tercio del siglo XXI». Apunta en el texto a una mutación que afecta a todo nuestro modo de pensar y percibir la realidad en torno. Por lo cual, se trata además de «una investigación de campo en el terreno de la memoria; un somero rastreo introspectivo y retrospectivo; una arqueología de mi vivencia del lenguaje, de mi experiencia con la lengua». De este modo sólo es posible tejer al azar «los hilos de una memoria huidiza, de una memoria que se va construyendo a medida que se va contando». Abordar la memoria de esta experiencia supone enhebrar «una nueva red» en la que resuene esa voz escondida en la entraña del tiempo. Todo lo que propone se sintetiza en una experiencia que va desde la adolescencia, «por la pasión de otros, por el pensamiento de otros», esto es «vivir lo propio... y encontrar un eco, una interpretación o una compañía en los textos ajenos».

Este largo proceso de análisis y ordenación va desde el encuentro singular, desde una secuencia íntima y personal que presenta María Zambrano, hasta aquellas reflexiones que nos ofrecen Bajtin, Bucher, Buber o Heidegger con su indagación acerca de la palabra.

Lo que Cecilia nos ofrece, además de su experiencia, como ella dice arqueológica, es una meditación honda y precisa sobre las palabras. Y se pregunta: «¿cómo hablar de ellas desde afuera, si de ellas estoy hecha y en ellas vivo?». En verdad en la palabra habita el sujeto, la persona y sus máscaras teatrales. Y así lo expresa con toda claridad en el siguiente pasaje: «cada emisor; cada una de esas personas, de esas máscaras creadas por la lengua, es molde maleable y transitorio; construcción cambiante; lugar enmallado de discursos tejidos en una red apretada de sentidos conexos. Liberarse de esa red es una meta radical, casi imposible y por eso afirmo en un poema que *lo que importa no es el verso que escribo*, sino borrar con él reescribiéndome, *la huella de palabras ajenas*».

Ya en el texto que viene a continuación expresa su más íntima experiencia con la lengua. Dice: «palabra poética, regulada también desde afuera; desde el ideal simbolista rara vez logrado, de una estética que aspira a eliminar lo anecdótico, lo narrativo, lo circunstancial, lo sentimental, lo personal, y que se orienta hacia el silencio, hacia la expresión de un diálogo callado y de un despojo voluntario, para poder alcanzar *la mística de la sensación* de donde puede surgir la chispa del poema. En la aceptación de esa estética exigente que conduce necesariamente a la esterilidad, el conocimiento estuvo mediatizado por el afecto; por el asombro ante quien meditaba creativamente sobre la

palabra poética e impactaba por su lucidez, por su postulación de un yo puro más allá de la marioneta de la personalidad. De Valéry, y del exégeta de Valéry que sería después mi marido, podría yo afirmar, de manera diferente, en un juego alambicado de referencias literarias, lo que el propio Valéry de su maestro Mallarmé: “jugó sin saberlo un papel tan grande en mi historia interna, modificó en mí con su sola existencia tantas valoraciones..., que al final de cuentas no sé distinguir lo que él fue de lo que él me fue”.

»La vida y la lengua se van entretrejiendo mutuamente, en la reflexión; en la acción; en la docencia. Aparece siempre la urgencia indefectible, insatisfecha, de escribir, de decir, de narrar y narrarse, de disponer en el poema cuadros cifrados que exponen, a la vez que esconden, las ordenaciones íntimas. La polifonía de las voces galopa inconscientemente en el fondo de uno mismo y busca expresarse en el acorde siempre anhelado con el ritmo interior; que respira acompasado con el mundo. Aunque la palabra se revele también como un peligro. A pesar de caer en él, como lo hago ahora, hay unos ciertos campos donde poco a poco se avanza en el arduo camino del silencio.»

En su investigación se conjugan la palabra y el silencio. Señala lo difícil que resultó su encuentro «con la *palabra poética*». Indica, asimismo, las dificultades con la política y las ideologías dogmáticas o la imposición de la unicidad de pensamiento.

Frente a todo ello nace la luz que enciende la palabra en el pensamiento de Heidegger, Bucher o Buber. Dice: «a partir de esta visión se puede abrir el horizonte del diálogo, el poder de acercarse a la inter-locución; porque se trata, con el otro, con los otros, de contrastes u oposiciones, dentro del juego de las diferencias. No de los contrarios que se excluyen, propios de la visión dialéctica. En el texto seminal de Thor, Heidegger reflexiona sobre esa posición de la lógica convertida en dialéctica y alude a cómo Marx hace de la contradicción *la fuente viva de la verdad*. Dice Heidegger, refiriéndose a Heráclito en el seminario de Thor, que: “no hay día separado ni noche separada, sino que es la co-pertencia del día y de la noche lo que es su verdadero ser...”.

»En el mismo momento del encuentro de los textos del seminario de Thor, me llega el libro *Las ideas marxistas y la filosofía del lenguaje*, de Bajtin. Su visión de lo que él llama la translingüística, relacionada con el estudio de la variación del habla en la sociolingüística norteamericana, se aparta de visión saussuriana de la lengua, calificada por él de objetivismo abstracto. Lo que me interesa más, sin embargo, es su posición epistemológica ante el desarrollo de las ciencias humanas, basada en una reflexión sobre el lenguaje, y desarrollada en otras obras suyas, donde plantea la singularidad hermenéutica. Su visión de los opuestos y los contrarios concuerda con el texto sobre Heráclito y con la visión del diálogo que en ese pensamiento se sustenta y que me llegaría también, para quedarse siempre conmigo en la obra de Gadamer.» Muchas cosas se quiebran con dichos planteamientos. Y así dice en el siguiente texto: «la visión del signo lingüístico ligado con el sentido del texto y no con la relación significante-significado, quebraba otro de los credos lingüísticos; la ruptura con el concepto de la lengua como representación fuera de ella misma estallaba los goznes donde se articulaban todas mis certezas. El concepto tradicional de verdad saltaba en trizas». En la experiencia del lenguaje se expresa con toda contundencia y claridad una actitud de rebeldía crítica, pero serena y firme. «Campos aparentemente distintos pero equivalentes e imbricados; sólo con el tiempo lograron integrarse, si no en la práctica diaria, al menos en el conocimiento. Poco a poco, fue cobrando sentido esa afirmación de que la única revolución posible es la que se opera en el lenguaje. Poco a poco la poesía, la capacidad de nombrar; de relatar de manera diferente el propio yo cambiante y la circunstancia externa de lo social, fueron apaciguándose, haciendo menos traumáticas las disyuntivas...

»Como un ejercicio secular; en rebeldía contra el poder político-teológico ejercido en nuestro medio por la iglesia y contra la discriminación y señalamiento que tantas veces

ella practicó. Esa actitud que se dio desde la Colonia y desde la constitución de la República, dicho sea de paso, es una memoria no reconciliada que tendrá que ser algún día el objeto de una petición de perdón, para poder tender sobre ella el manto del olvido terapéutico de la historia, como lo llaman algunos.» Todo fluye en una perfecta experiencia de lo trascendente que conforta al espíritu de una forma novedosa y paradigmática. En el área del lenguaje todo converge, porque la vida habita todos los espacios de la imaginación y de la realidad. Dice: «en la convergencia de los campos dada por la lingüística de lo humano, de la poesía y la política; de la suspensión del discurso como vía de acceso a la experiencia del Otro, jugó un papel importante en la lectura, abierta para mí por Jean Bucher, de las reflexiones de Heidegger en su camino hacia la palabra. Porque el asombro de esa nueva visión, de que nada hay allí donde no aparece la palabra, le dio un vuelco no sólo a mis ideas sino a mi vida. Paradójicamente lo que habría podido conducir hacia el nihilismo le dio asiento a una nueva fe, cercana de la mística y de la teología negativa, fincada en el silencio, en la nada, en el vacío, en la no esencia...».

Reconoce como algo importante y clave para la narración de su experiencia el hallazgo «intelectual, religioso, emocional» de la obra de Martin Buber. En definitiva «fue una historia vivida con su pensamiento y con su visión dialógica». Todo ello abrió el camino a la concepción de una nueva ontología. Es así como se le revela su práctica poética «volcada sobre el gran Tú». Dice así: «la visión del diálogo se integraba a mi propia práctica poética... Escribía entonces que *nada ni nadie podría ser mi Tú, como Tú eres, en el diálogo vivo en que me creas con tu voz de silencio*. Porque, siguiendo al mismo Buber, era consciente de que el diálogo con los otros no puede establecerse de manera profunda si no existe el diálogo profundo con el Otro». De este modo se encuentra con la sociolingüística. Y ejercer así «el poder de la palabra poética, de la palabra política, para cambiar los ordenamientos y los vocabularios y con ellos abrirse a nuevas posibilidades de justicia». Finalizamos el análisis de su experiencia con el lenguaje con el siguiente texto: «en los últimos poemas del silencio hablo de lo no dicho: *rastros imperceptibles / como mapas sin nombres / hermético / elusivo / el lenguaje cifrado de la memoria / espera construirse en la palabra*. O este otro con que le doy fin a esta narración y abro la posibilidad de continuarla un día: *palabra por decir / cautiva del silencio / nueva forma posible de la vida*».

Un ejemplo brillante y milagroso de escritura; difícil de resumir por tratarse de una experiencia muy singular y exclusiva. Pero, a su vez, da con el tono de explicación y misterio de toda creación poética. Todo ello constituye un método para adentrarse en los poemas rizomáticos de Matilde Espinosa. La experiencia con el lenguaje que Cecilia Balcázar nos relata en su texto concuerda con la trama poética que expresa este homenaje.

La palabra siempre abre su entraña a la revelación del sentido.

DÓNOAN

Próximo número de la *REVISTA ANTHROPOS*

N.º 212 / 2006

**CHARLES SANDERS PEIRCE**  
Hacia un nuevo pragmatismo